

cionales y la dictadura inflexible que tuvo la entereza de señalar los cañones llegado el momento de mostrar una razón justificativa de sus procedimientos.

Aún más, este apasionamiento esencialmente español, no se satisface con el simple panegírico, con ser éste muy enfático; quiere salvar con éxito el obstáculo de las comparaciones. Y de ahí la existencia de una serie de paralelos, en los últimos capítulos de la obra. Colón y Richelieu son las figuras de contraste. Dice el autor que no persigue el desmedro de glorias ajenas para acrecentar la de Cisneros. Pero a esto tienden, directa o indirectamente todas las comparaciones de este género.

Y considerando al Cardenal como el perfecto político, el sacerdote más virtuoso, el hombre de estado más hábil, y estableciendo su superioridad sobre dos genios de características tan diversas, como Colón y Richelieu, se han traspuesto todos los límites humanos. Se apela entonces a las consagraciones litúrgicas, a la gloria de un más allá infinito.

Catolicismo y absolutismo se hermanan en el espíritu del autor de este libro. Acaso busca el absolutista en la Iglesia Romana la jerarquía ilimitada, que establece la infalibilidad de un hombre y se refugia en la razón de Dios, el misterio y la disciplina del dogma. Y el católico busca en el absolutismo la inmunidad necesaria para concertar alianzas, establecer censuras religiosas y favorecer determinadas instituciones sin el acuerdo o la reprobación de Congresos ni Asambleas.

Al biógrafo caciquista y apasiona-

do no podía faltarle este matiz. El gobierno de Cisneros fué excelente. No ha habido otro genio que pudiera comparársele y.... mereció el honor de los altares. De ahí referencias, documentos y piezas de un proceso de beatificación, acerca de cuyo fracaso se habla en el libro con cierto desconsuelo.

Como es lógico, hemos de apreciar en los hombres de pensamiento y de estudio el más alto nivel a que ha logrado llegar la cultura española. Y cuando nos encontramos frente al trabajo de eruditos que se han documentado prolija y pacientemente y que se dejan llevar de su apasionamiento a estos extremos, podemos comprender perfectamente aquel afrentoso grito popular: «¡Vivan las caenas!»—*F. Ortúzar Vial.*

## POESIA

LAS MEJORES POESÍAS (LÍRICAS) DE  
LOS MEJORES POETAS. *Carlos  
Préndez Saldías.*

¿Puede conocerse la personalidad de un poeta por una selección de sus obras? Todo dependerá de la selección, contestaría acertadamente como de costumbre Pero Grullo. Pero las pequeñas antologías que publica la Editorial Cervantes con el título genérico *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas* son, a nuestro juicio, insuficientes para trabar conocimiento completo de la personalidad de los poetas calificados por el editor como «los mejores», por

Los libros

más que se encuentran entre los editados no pocos que quedan bajo el nivel de la más completa mediocridad.

No es este el caso de Carlos Préndez Saldías, que tiene dentro de su patria y fuera de ella una reputación bien ganada. Poeta de nacimiento, que no dejará de ser nunca un poeta, su producción ha significado hasta ahora una continua marcha ascendente en busca de la más pura expresión poética. Hoy día ha seleccionado, creemos que él mismo, algunas flores escogidas de su huerto, y el ramillete nos parece un poco parejo y un poco escaso (1).

Parejo, monótono más bien dicho, porque aunque se encuentran composiciones de índole diversa, las amatorias predominan en proporción significativa. Injustamente, a nuestro juicio, ha olvidado el poeta algunos arranques de rebeldía que cuando leímos *Misal Rojo*, hace ya algunos años, nos produjeron una fuerte impresión que nos llevó a la convicción de que nos encontrábamos frente a un poeta en quien todas las inquietudes humanas, las más nobles y sentidas, tenían un eco poderoso de sentimiento y expresión. Después el poeta pulió, limó la expresión, en un anhelo cada vez más acentuado de una purificación total, de una simplificación absoluta, podríamos decir, de la frase poética. Y atento sólo al ritmo de su propio sentimiento quedaron como tentativas desvaídas de un grito estentóreo de protesta y de amargura, sus rebeliones de *Misal*

*Rojo*. La sombra amada de una mujer, más bien de la mujer, y la morosa contemplación del paisaje dieron a sus versos la belleza y la inamovilidad que pueden tener las aguas de una laguna de ensueño, y aquel entusiasmo protestatario de sus primeros versos, acaso quedó, por desgracia para siempre, en el arcón de los recuerdos.

Este cambio en el modo, en el alma del poeta, puede tener para sus lectores antiguos la significación de un desacierto. Quizás no sea así, y los versos que después vinieron, los versos seleccionados de esta antología, han perdido, con relación a los primeros, en vigor lo que han ganado en calidad artística, que al fin de cuentas es el objetivo final de todo artista.

Impone sin duda la pureza de la expresión artística sacrificios bier dolorosos. Pero qué plena compensación tienen cuando como en el caso de Carlos Préndez Saldías llegan a constituir una perfección, una pequeña perfección en la expresión de unos pequeños sentimientos:

Fresco sol mañanero  
perdido en la nubada;

rumorear del estero  
como nota cansada.

Perfume lastimero  
de la zarza quemada;

aguazal del sendero  
blanco por la nevada. . . .

Tiene un dolor viajero  
la casa abandonada.

(1) Editorial Cervantes. Barcelona, 1929.

Todo el poeta está contenido en síntesis en los versos citados. Una

leve pincelada frente al paisaje y la evocación, más tenue y delicada aún, de un recuerdo de sentimental. El poeta que hay en Préndez se deleita en la expresión, en voz baja, de sus propios sentires. Y esto puede aplicarse aún a aquellos versos cuyo motivo requiere sonidos mayores. Así *La canción del río* es para leída suavemente, como el canto de un río que es apenas un recuerdo de agua que se arranca hacia el mar.

La expresión natural, poéticamente natural, presta a la poesía de Préndez un carácter de atractiva singularidad. Sin caer jamás en prosaísmo alguno, la forma de sus versos—valgan los transcritos—envuelve un hallazgo en el toque leve, delicado, justo del sentir interior al que responden. Y cuando el poeta cae en la mala tentación de hacer versos de «dormitorio adentro» llega a afectaciones amorosas rebuscadas, poco poéticas, de dudoso gusto. Tal ese poemita *La máscara japonesa*, en que el lejano recuerdo del Buda de basalto perpetuamente sonriente de Amado Nervo, no alcanza a borrar la impresión de un rebuscamiento estéril, que ha producido unos versos sin elegancia ni distinción alguna. Podía haber sido eliminado con ventaja de la selección.

El poeta ante la naturaleza, en la impresión absoluta de las uerzas naturales, en un completo dominio de una sensación fisiológica, tiene la sensibilidad necesaria para expresar tal momento en forma poética. Así sus poemas *Rosa del Mar*, *Baño de sol*, revelan a un panteísta en íntima comunión con la fuente eterna. En cambio cuando los versos son sólo

un escabel para expresar sentencias de filosofía sencilla y al alcance de los niños, perogrullesca y manida, pierden su calidad de poesía para tornarse en un manojito de buenos consejos, de esos buenos consejos que mucho se prodigan, que nadie solicita y que ninguna persona agradece. El poemita *Hombre* es de esta clase y el poeta no debe tenerle predilección alguna.

Pero si la intensidad del sentimiento de amor a la mujer y la emocionada impresión de la belleza armoniosa del paisaje dieron versos tan bellos como los transcritos y como la gran mayoría de los que forman esta selección—*Contigo en la montaña*, *Tengo un amor*, *Es un dolor*, etc., etc.—, la impresión profunda de la muerte de otro poeta—Manuel Magallanes Moure—le hizo prorrumper en uno de los *In memoriam* más delicados, más sentidos, más bellos que conocemos. Es, a nuestro juicio, el mejor poema del libro y uno de los mejores del autor. La expresión a fuer de intensidad en la más pura simpleza adquiere un tono emocionado y grave de un dolor persistente e incurable:

Manuel Magallanes, se te fué la vida  
como un ave triste que canta y se va  
dejando en el viento su queja perdida.  
Manuel Magallanes, ya no cantas  
más...

Manuel Magallanes, ya no cantas  
más...

La infinita emoción de siempre ante el eterno misterio viejo de la muerte puede, a través de la frase tan bella del poeta, dejarnos con su recuerdo emocionados y suspensos. Y

esta emoción, esta permanente emoción que fluye como de cauce natural e inextinguible de los versos claros y puros de Carlos Préndez Saldivia, es el motivo de gratitud que para con él tenemos sus lectores. Y es el mismo motivo el que nos indujo a afirmar que este tomito de sesenta páginas escasas nos parecía un ramillete de flores demasiado pequeño.

En chileno, más de alguien, como defecto, habrá de encontrarlo «gusto a poco».—*Abel Valdés A.*

## CIENCIAS SOCIALES

GENEALOGÍA DEL DELITO Y DE LA PENA, por *Alfredo Gmo. Bravo.*

Innumerables son, entre nosotros, los individuos que adquieren situación y categoría de personajes, con sólo adoptar la práctica de no emitir opiniones comprometedoras y de no estudiar concienzudamente ninguno de nuestros problemas. El sistema humanista, por otra parte, ha difundido el precepto de la extensión cultural, eliminando al especialista y engendrando en todos los chilenos el deseo de estar informados acerca de todas las materias, lo cual, naturalmente, conduce a no saber nada en concreto. Quienes en Chile se llaman técnicos, son por lo general unos cuantos figurones que han logrado prestigio a fuerza de repetir conceptos importados del extranjero, cuyo alcance desconocen ellos mismos. Así es esta la tierra de las medianías, del

«buen sentido» y los «tontos graves».

Los pocos hombres que se dedican a la investigación seria, viven olvidados, reducidos a la opaca situación que ofrece un profesorado que aun no alcanza categoría de clase social. Sus métodos, sus esfuerzos, sus obras permanecen inéditos, mientras la suerte no les favorece en forma de que puedan imprimir sus observaciones por cuenta propia. Y esto, para merecer, en la mayoría de los casos, la sonrisa burlona y el mote de «chiflados» de la ignorancia petulante que se ha generalizado.

Un índice de la poca cultura que hemos alcanzado lo ofrece el poquísimos respeto que aquí se tiene por el sabio y el estudioso; la necesidad en que éstos se encuentran de atender a sus necesidades materiales por medio de esfuerzos y trabajos ajenos a sus aptitudes y aficiones. De esta suerte, quienes alcanzan una meta apreciable, tienen un doble mérito: el de sus esfuerzos curiosos y el de su tenacidad para vencer los obstáculos que el medio ambiente y las imposiciones de la vida oponen a sus propósitos. Tal es el caso de Alfredo Guillermo Bravo. Su biografía es compendio de sinsabores gustados en medio de la indiferencia general, de esfuerzos sobrehumanos, realizados desde la infancia, para subsistir y triunfar. La honradez de principios ha alimentado su constancia. Los ideales incesantemente acrecentados lo han conducido más allá de los aforismos, métodos y mitos comunes, comunicándole fuerzas suficientes como para abandonarse con sistema propio por caminos casi desconocidos.